

bió á mi padre cuando se trataba este matrimonio? ¡Creerá vd. al retrato de Florentina que me envió él poco ántes de su muerte?

—No, replicó el viejo, el retrato no me hará mas fuerza que las cartas; estoy bien enterado del modo con que cayó en tus manos; y el consejo mas caritativo que te puedo dar es, que cuanto antes salgas de Mérida para librarte del castigo que merecen tus semejantes.—Eso ya es demasiado, interrumpió el ultrajado mozo: no aguantaré jamas que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que me hagan pasar por salteador de caminos. Conozco á varios sugetos de esta ciudad; voy á buscarlos y volveré con ellos á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí. Dicho esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta misma aventura impelió á Gerónimo de Miajadas á determinar que se efectuase la boda con la mayor brevedad, á cuyo fin salió á hacer las diligencias.

Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, con todo no las tenia todas consigo. Temia las consecuencias de los pasos que juzgaba, con razon, no dejaria el Señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y le dije:—¿Qué tienes, amigo? paréceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas.—Y cómo que lo está, me respondió, y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: Mira ahora si tenia fundamento para estar pensativo. Tu temeridad nos ha metido en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa y te hubiera colmado de gloria como saliera bien; pero segun todas las señales, tendrá mal fin; y soy de parecer que antes que se descubra el enredo pongamos los piés en polvorosa, contentándonos con la pluma que hemos arrancado de la ala de este buen pavo.

—Señor Morales, le repliqué, no hay que apresurarnos: vd. cede fácilmente á las dificultades, y hace muy poco honor á Don Matías del Cordel, y á los demas caballeros de la orden con quienes ha vivido en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros no debe entrar en cuidado con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las huellas de estos héroes, y acreditar que soy digno discípulo de su escuela, hago frente á ese obstáculo que tanto te espanta, y me obligo á desvanecerle.—Si lo consigues, repuso mi camarada, desde luego declararé que superas á todos los varones ilustres de Plutarco.

Al acabar de hablar Morales, entró Gerónimo de Miajadas, y me dijo:—Acabo de disponer todo para tu boda: esta noche serás ya yerno mio. Tu criado te habrá contado ya lo sucedido. ¿Qué me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del corresponsal de

mi hermano? Estaba Morales cuidadoso de saber como saldria yo de este aprieto: y no quedó poco sorprendido de oirme, cuando, mirando tristemente á Miajadas, le respondí con la mayor sinceridad:—Señor, de mí dependeria manteneros en vuestro error y aprovecharme de él; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira, y así quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Velez de la Membrilla.—¿Qué es lo que oigo! interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿Pues qué no sois vos el mozo á quien mi hermano...—Sosiéguese vd., Señor, le interrumpí yo tambien: y ya que empecé una narracion fiel y sincera, sirvase oirme con paciencia hasta concluir la. Ocho dias ha que amo ciegamente á vuestra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pedirlosa por esposa; pero me tapásteis la boca con decirme que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dijisteis, que al morir vuestro hermano, os habia encargado eficazmente que la casaseis con Pedro de la Membrilla; que así se lo ofrecisteis, y que en fin, erais esclavo de vuestra palabra. Consternado de oiros, y reducido mi amor á la desesperacion, me inspiró la estratagema de que me he valido. Os diré sin embargo que mil veces me he avergonzado en mi interior de esta cautela; pero me persuadí de que vos mismo me la perdonariais, luego que llegaseis á saber que soy un príncipe italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es soberano de ciertos valles que están entre los Suizos, el Milanes y la Saboya. Y aun me imaginaba que os sorprenderia agradablemente cuando os revelase mi nacimiento: y desde entonces me recreaba en pensar el gozo que causaria á Florentina el saber, despues de haberme desposado con ella, el fino y discreto chasco que le habia dado. El cielo no quiere, proseguí mudando de tono, que yo tenga tanto placer. Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla: debo restituirle su nombre, cuéstemelo que me costare. Vuestra promesa os obliga á recibirle por yerno. Lo siento, sin poder quejarme: pues debeis preferirle á mí, sin reparar en mi alta clase, ni en la cruel situacion á que vais á reducirme. No quiero representaros que vuestro hermano no era mas que tio de Florentina, y que vos sois su padre: que parece mas puesto en razon corresponder á la obligacion que me teneis, que hacer punto en cumplir otra, la cual á la verdad os liga muy levemente.

—¿Qué duda tiene eso? exclamó el buen Gerónimo de Miajadas. Es una cosa muy clara; y así estoy muy lejos de vacilar entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustin, él mismo desaprobaria que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que ademas de eso es un príncipe que quiere honrar mi familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Seria preciso que yo fuese e-

nemigo de mi fortuna, ó hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija, y no solicitase todo lo posible, la mas pronta ejecucion de este matrimonio.—Con todo eso, señor, repliqué yo, no quisiera que vd. partiese con precipitacion: no haga nada sin deliberarlo con mudurez: atienda solo á sus intereses, y sin respeto á la nobleza de mi sangre. . . —Os burlais de mi, interrumpió Miajadas. ¿Debo vacilar un momento? No, príncipe mio, y os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra mano á la dichosa Florentina.—En hora buena, le respondí. Id vos mismo á darle esta noticia, y á informarla de su venturosa suerte.

Mientras el buen hombre iba á dar parte á su hija de la conquista que habia hecho su hermosura, no menos que de un gran príncipe, Morales, que habia estado oyendo toda la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dijo:—Señor príncipe italiano, hijo del soberano de los valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya, permítame V. A. me arroje á sus piés para darle prueba de mi alegría y de mi pasmosa admiracion. A fé de bribon que eres un prodigio. Teníame yo por el mayor hombre del mundo; pero, hablando francamente, arrió bandera á vista de tu pabellon, sin embargo de que tienes menos experiencia que yo.—Segun eso, le respondí, ¿ya no tienes miedo?—Cierto que no, replicó él. No temo ya al Señor Pedro: que venga ahora su merced cuando quisiere. Y hétenos aquí á Morales y á mí mas firmes en nuestros estribos. Comenzamos á discurrir sobre el camino que habiamos de tomar así que recibiésemos la dote, con la cual contábamos con mas seguridad que si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo, todavía no la habiamos pillado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábanle dos vecinos y un alguacil tan respetable por sus bigotes y por su tez amulatada como por su empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina.—Señor Miajadas, le dijo el tal mozo, aquí os traigo á estos tres hombres de bien que me conocen, y pueden decir quien soy.—Sí por cierto, dijo el alguacil, y declaro ante quien convenga como yo te conozco muy bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla. Cualquiera que se atreva á decir lo contrario es un solemnísimo embustero.—Señor alguacil, dijo entonces el buen Gerónimo Miajadas, yo le creo á vd.: para mí es tan sagrado vuestro testimonio como el de los señores mercaderes que vienen en vuestra compañía. Estoy del todo convencido de que este caballerito que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. ¿Pero qué me importa? He mudado de dictámen, y ya no pienso darle mi hija.

—Oh! eso es otra cosa, dijo el alguacil: yo solo he venido á vuestra



casa para asegurarnos que conocia á este hombre; por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad.—Tampoco, pretendo yo, interrumpió Pedro, forzar la voluntad del Señor Miajadas, que puede disponer de su hija como tenga por conveniente; pero desearia saber por qué razon ha variado de parecer. ¿Tiene algun motivo para quejarse de mí? ¡Ah! ya que pierdo la dulce esperanza de ser su yerno, quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia.—No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo, antes bien os confesaré que siento verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones. Vos sois tan generoso, que me persuado no llevareis á mal que yo haya preferido á vos un pretendiente á quien debo la vida. Este es el caballero que veis aquí: este Señor, prosiguió señalándome, es el que me salvó de un gran peligro, y para mayor disculpa mia, debo añadir que es un príncipe italiano, que, á pesar de la desigualdad de nuestra clase, se digna enlazar con Florentina, de la cual está enamorado.

Al oír esto Pedro se quedó mudo y confuso, y los dos mercaderes abriendo tanto ojo quedaron como absortos; pero el alguacil, como acostumbrado á mirar las cosas por el mal lado, sospechó que detras de aquella extraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podia valer algunos cuartos. Empezó á mirarme con la mas escrupulosa atencion, y como mis facciones, que nunca habia visto, ayudaban poco á su buena voluntad, se volvió á ecsaminar á mi camarada con igual curiosidad. Por desgracia de mi alteza, conoció á Morales, y acordándose de haberle visto en la cárcel de Ciudad Real—¡Ah! ¡ah! exclamó sin poderse contener; he aquí uno de nuestros parroquianos. Me acuerdo de este caballero, y os le doy por uno de los mayores bribones que calienta el sol de España en todos sus reinos y señoríos.—Poco á poco, Señor alguacil, dijo Gerónimo Miajadas; que ese pobre mozo de quien haceis tan mal retrato es un criado del Señor príncipe.—Sea en buena hora, respondió: eso me basta para saber lo que debo creer; por el criado saco yo lo que será el amo. No me queda la menor duda de que estos dos señores son dos pícaros de marca, que se han unido para burlarse de vos. Soy muy práctico en conocer esta casta de pájaros; y para haceros ver que son dos lindas gonzúas, en este mismo punto voy á llevarlos á la cárcel. Quiero que se aboquen con el señor corregidor, para que tengan con él una conversacion reservada, y sepan de la boca de su señoría que todavia se usan por acá penques y rebenques.—Alto ahí, Señor ministro, replicó el viejo: no hay que llevar tan adelante el negocio. Los del hábito de vd. no tienen reparo en mortificar á una persona honrada. ¿No podrá ser este criado

un bribon, sin que el amo lo sea? ¿Es por ventura cosa nueva ver bribones al servicio de los príncipes?—Vd. se chancea con sus príncipes, repuso el alguacil. Este mozo, vuelvo á decir, es un tunante; y así desde ahora les intimo á los dos que se den *presos al rey*. Si rehusan ir voluntariamente á la cárcel, veinte hombres tengo á la puerta que los llevarán por fuerza. Vamos, príncipe mio, me dijo en seguida, vamos andando.

Al oír estas palabras quedé todo fuera de mí, y lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Gerónimo Miajadas, ó, por mejor decir, nos perdió enteramente en su concepto. Bien se persuadió de que habíamos querido engañarle, y con todo eso tomó en esta ocasion el partido que debe tomar una persona delicada.—Señor ministro, dijo al alguacil, vuestras sospechas pueden ser falsas y tambien verdaderas; pero, sean lo que fueren, no apuremos mas la materia. Os suplico que no impidais que estos caballeros salgan y se retiren á donde mejor les pareciere. Es una gracia que os pido para cumplir con la obligacion que les debo.—La mia, interrumpió el alguacil, seria llevarlos á la cárcel sin atender á vuestros ruegos; sin embargo, por respeto vuestro quiero dispensarme ahora del cumplimiento de mi deber, con la condicion de que en este mismo momento han de salir de la ciudad; porque si mañana los veo en ella, les aseguro por quien soy, que han de ver lo que les pasa.

Cuando Morales y yo oímos decir que estábamos libres, volvimos á respirar. Quisimos hablar con resolucion, y sostener que éramos hombres de honor; pero el alguacil con una mirada de soslayo nos impuso silencio. No sé por qué esta gente tiene ascendiente sobre nosotros. Vímonos pues precisados á ceder Florentina y la dote á Pedro de la Membrilla, que verosimilmente pasó á ser yerno de Gerónimo de Miajadas.

Retíreme con mi camarada, y tomamos el camino de Trujillo, con el consuelo de haber á lo menos ganado cien doblones en esta aventura. Una hora antes de anochecer pasábamos por una aldea con ánimo de ir á hacer noche mas adelante, y vimos en ella un meson de bastante buena apariencia para aquel lugar. Estaban el mesonero y la mesonera sentados á la puerta en un poyo. El mesonero, hombre alto, seco y ya entrando en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger, que mostraba oírle con gusto. Viendo el mesonero que pasábamos de largo:—Señores, nos gritó, aconsejo á ustedes que hagan alto en este lugar: hay tres leguas mortales á la primera posada, y créanme que no lo pasarán tan bien como aquí: entren ustedes en mi casa, que serán bien tratados, y por poco dinero. Dejámonos persuadir: acercámonos mas al mesonero y á la mesonera; saludámoslos, y habiéndonos sentado junto á ellos nos pusimos todos cuatro á hablar de cosas indiferentes. El meso-

nero decia que era cuadrillero de la Santa Hermandad, y la mesonera tenia pinta de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agujetas.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de doce ó quince hombres montados, unos en caballos, y otros en mulas, seguidos de como unos treinta machos de carga.—¡Oh cuántos huéspedes! exclamó el mesonero: ¿dónde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la aldea llena de hombres y de caballerías. Habia por fortuna una espaciosa granja cerca del meson, en la que se acomodaron los machos y cargas, y las mulas y caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hombres pensaron menos en donde habian de dormir, que en mandar disponer una buena cena, la que se ocuparon en hacer el mesonero, la mesonera y una criada, dando fin de todas las aves del corral. Con esto y un guisado de conejo y de gato, y una abundante sopa de coles hecha con carnero, hubo para toda la comitiva.

Morales y yo mirábamos aquellos caballeros, los cuales tambien nos miraban á nosotros de cuando en cuando. En fin, trabamos conversacion, y les dijimos que si lo tenían á bien cenariamos en compañía, y habiéndonos respondido que tendrian en ello particular gusto, nos sentamos todos juntos á la mesa. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas; y aunque éstos le trataban con bastante familiaridad, sin embargo se conocia le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que algunas veces contradecia á los otros sin reparo, y que lejos de hacer lo mismo con él, mas bien parecia que todos adherian á su dictámen. La conversacion recayó casualmente sobre Andalucía, y como Morales comenzase á alabar mucho á Sevilla, el hombre de quien voy hablando le dijo:—Caballero, vd. hace el elogio de la ciudad donde yo nací, ó á lo menos muy cerca de ella, porque mi madre me dió á luz en el arrabal de Mairena.—En el mismo me parió la mia, respondió Morales, y no es posible que yo deje de conocer á los parientes de vd., conociendo desde el alcalde hasta la última persona del arrabal. ¿Quién fué su señor padre?—Un honrado escribano, respondió el caballero, llamado Martin Morales.—¡Martin Morales! exclamó mi compañero no menos alegre que sorprendido: ¡á fe mia que la aventura es bien estraña! Segun eso, sois mi hermano mayor Manuel Morales.—Justamente, respondió el otro, y por consiguiente tú eres mi hermanico Luis, á quien dejé en la cuna cuando salí de la casa paterna.—Ese es mi nombre, replicó mi camarada, y dicho esto se levantaron los dos de la mesa, y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estábamos presentes, dijo:—Señores, este suceso tiene algo de maravilloso: la casualidad dispone que encuentre y reconozca á un hermano, á quien ha por lo menos mas

de veinte años que no he visto: dadme licencia para que os le presente. Entonces todos los caballeros, que por cortesía estaban en pié, saludaron al hermano menor de Morales y le dieron repetidos abrazos. Despues de esto nos volvimos á la mesa, la que no dejamos en toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro, y estuvieron hablando en voz baja de las cosas de su familia, mientras los demas convidados bebiamos y nos alegrábamnos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida, me llamó aparte, y me dijo:—Todos estos caballeros son criados del conde de Montañón, á quien el rey acaba de nombrar virey de Mallorca. Conducen el equipage de su amo á Alicante, donde deben embarcarse. Mi hermano, que es el mayordomo de su escelencia, me ha propuesto llevarme consigo, y á vista de la repugnancia que le mostré de dejar tu compañía, me dijo que si tú quieres venir con nosotros, te facilitará un buen empleo. Caro amigo, continuó él, te aconsejo que no desprecies este partido: vamos juntos á Mallorca; si allí lo pasamos bien, nos quedáremos, y si no nos tuviere cuenta, nos volverémos á España.

Admití con gusto la propuesta: incorporámonos el jóven Morales y yo con la familia del conde, y partimos del meson antes del amanecer del dia siguiente. Pusímonos en camino para Alicante yendo á largas jornadas. Luego que llegamos compré una guitarra, y me mandé hacer un vestido decente antes de embarcarme. Ya no pensaba yo sino en la isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada Morales. Parecia que ambos habiamos renunciado para siempre á la vida bribona. Es preciso decir la verdad: uno y otro queriamos acreditar nos de hombres de bien entre aquellos caballeros, y este respeto nos contenia. En fin, nos embarcamos alegremente, lisonjeándonos con la esperanza de llegar presto á Mallorca: pero no bien habiamos salido del golfo de Alicante, cuando nos cogió una furiosa borrasca. ¡Qué ocasion tan buena era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintándoos el aire todo inflamado, la viva luz de los relámpagos, el estampido de los truenos, la rápida caída de los rayos, el silbido de los vientos y la hinchazon de las olas &c.! Pero dejando á un lado todas las flores retóricas, os diré sencillamente, que fué tan recia la tormenta, que nos obligó á ancorar en la punta de la Cabrera, que es una isla desierta, defendida con un fortin, cuya guarnicion consistia entonces en cinco ó seis soldados y un oficial que nos recibió con mucho agasajo.

Como nos veiamos precisados á detenernos allí muchos dias para componer nuestro velámen, procuramos pasar el tiempo en diferentes diversiones para evitar el fastidio. Siguiendo cada uno su inclinacion, unos jugaban á los naipes, otros á la pelota, &c.; yo me iba á pasear por la

isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamnos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso que apenas se descubria en él un palmo de tierra. Un dia que, considerando aquellos lugares áridos y secos, estábamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde le da la gana, sentimos todos de repente un olor muy grato que nos dejó sorprendidos. Lo quedamos mucho mas cuando, volviéndonos hácia el oriente, de donde venia aquella fragancia, vimos un campo todo cubierto de madreSelva mas hermosa y odorífera que la de Andalucía. Acercámonos gustosos á aquellos bellísimos arbustos que perfumaban el aire circunvecino, y hallamos que cercaban la entrada de una caverna muy profunda. Era ésta ancha y poco sombría: bajamos á ella por una escalera ó caracol de piedra, adornado de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Cuando estuvimos abajo vimos serpentear sobre un suelo de arena mas roja que el oro, varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos tan clara y cristalina el agua, que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada, que resolvimos volver á este lugar el dia siguiente, llevando con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos de que lo beberiamos allí con gusto.

Dejamos con sentimiento un sitio tan delicioso, y cuando nos restituiamos al fuerte, ponderamos á nuestros camaradas la noticia de tan feliz descubrimiento; pero el comandante del fuerte nos dijo que nos advertia en amistad, que por ningun caso volviésemos á la cueva de que tan enamorados habiamos quedado.—¿Y eso por qué? le pregunté yo. ¿Hay por ventura algo que temer?—Y mucho, me respondió. Los corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces á esta isla, y hacen aguada en ese parage, y uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el oficial, no le quisimos creer. Parecíanos que se zumbaba, y al dia siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros de la comitiva, y de intento no quisimos llevar armas de fuego, para mostrar que no teniamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Bajamos á lo hondo de la cueva como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. Á lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegría, vimos á la boca de la caverna muchos hombres con bigotes, turbantes, y vestidos á la turca. Juzgamos al pronto que eran algunos del navío, que juntamente con el comandante se habian disfrazado para chasquearnos. Creidos de esto nos echamos á reir, y dejamos ba-

jar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos; pero presto quedamos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia con su gente á esclavizarnos.—*Rendios, perros*, nos dijo en lengua castellana, *ó aquí morireis todos*. Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las carabinas los que con él venian, y que á la menor resistencia las hubieran disparado. Preferimos la esclavitud á la muerte, y entregamos las espadas al pirata. Nos hizo cargar de cadenas, nos llevaron á su buque, que no estaba muy distante, levantaron anclas, hiciéronse á la vela y cinglaron hácia Argel.

De este modo fuimos justamente castigados del poco aprecio que hicimos del aviso del comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el corsario fué registrarnos y quitarnos cuanto dinero llevábamos. ¡Gran golpe de mano para él! Los doscientos doblones del mercader de Plasencia, los ciento que Gerónimo de Miajadas habia dado á Morales, y que por desgracia llevaba yo conmigo, todo lo arrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal provistos: en suma, el pirata hizo una buena pesca, de lo que estaba muy contento; y el grandísimo vergante no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con bufonadas, que nos eran mucho menos sensibles que la dura necesidad de aguantarlas. Despues de mil impertinentes truanadas, y para mofarse de nosotros de otro modo, mandó traer las botellas que habiamos puesto á refrescar, y comenzó á vaciarlas todas, ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por irrisión.

Durante este tiempo, mis camaradas mostraban un semblante que daba á entender lo que interiormente pasaba en ellos. Se les hacia tanto mas doloroso el cautiverio, cuanto mas alegre era la idea de ir á la isla de Mallorca. Por lo que á mí toca, tuve valor para tomar desde luego mi determinacion; y menos apesadumbrado que los otros, no solo trabé conversacion con nuestro capitan mofador, sino que le ayudé yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia.—Oyes, mozo, me dijo: me gusta tu buen humor y tu genio; y, si bien se considera, en vez de gemir y suspirar, lo mejor es armarse de paciencia y acomodarse con el tiempo.—Tócanos una buena tocata, añadió viendo que yo llevaba una guitarra: véamos á lo que llega tu habilidad. Mandó me desatasen los brazos, y al punto comencé á tocar de tal modo, que merecí sus aplausos: bien es verdad que yo no manejaba mal este instrumento. Tambien me hizo cantar, y no quedó menos satisfecho de mi voz: todos los Turcos que habia en el bajel mostraron con gestos de admiracion el placer con que me habian oido, por lo que conocí que en materia de música no carecian de gusto. El pirata se arrimó á mí, y me dijo

al oido que seria un esclavo afortunado, y que podia estar cierto de que mis talentos me proporcionarian un destino que haria muy llevadera la esclavitud.

Estas palabras me consolaron algo; pero por mas halagüeñas que fuesen, no dejaba de inquietarme el empleo que el pirata me habia pronosticado, y temia que no fuese de mi aceptacion. Al llegar al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habian acudido para vernos, y, sin que aun hubiésemos saltado en tierra, hicieron resonar el aire con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á éstos un confuso rumor de trompetas, flautas moriscas y otros instrumentos del uso de aquella gente, y que causaban un estruendo desentonado, mas que una música apacible. Aquella extraordinaria algazara nacia de la falsa noticia que se habia esparcido por la ciudad que el renegado Mahometo, que así se llamaba nuestro pirata, habia muerto peleando con una gruesa embarcacion genovesa; y todos sus parientes y amigos, informados de su regreso, acudian á darle muestras de su regocijo.

Luego que desembarcamos, á mí y á mis compañeros nos llevaron al palacio del bajá Soliman, donde un escribano cristiano nos ecsaminó á cada uno en particular, preguntándonos el nombre, edad, patria, religion y habilidad. Entonces Mahometo, mostrándome al bajá, le ponderó mi voz y mi destreza en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para determinarse á tomarme á su servicio, y desde aquel punto quedé reservado para su serrallo, á donde me condujeron para instalarme en el empleo que me estaba destinado. Los demas cautivos fueron llevados á la plaza mayor, y vendidos segun costumbre. Verificóse lo que Mahometo me habia pronosticado en el bajel, porque ciertamente fuí muy afortunado: no me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas; ántes bien mandó Soliman, por aprecio particular, que me agregasen en cierto sitio privado á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes no se empleaba sino en trabajos ligeros, y se me encargó el cuidado de regar en los jardines las flores y los naranjos. No podia yo tener una ocupacion mas suave, y por eso dí gracias á mi estrella, presintiendo, sin saber por qué, que no seria desgraciado al servicio de Soliman.

Este bajá (porque es necesario que haga su retrato) era un hombre de cuarenta años, bien plantado, muy atento, y aun muy galan para turco. Tenia por favorita una Cachemiriana, que por su talento y hermosura se habia hecho dueña absoluta de él. Idolatraba en ella, y no pasaba dia en que no la festejase con alguna diversion nueva; unas veces era un concierto de voces y de instrumentos; otras una comedia á la turca, es decir, unos dramas en los cuales no se tenia mas respeto al pu-